

Este camino quiero y este sigo,
Este debe seguir quien bien me quiere,
Y sepa que terné por enemigo
A quien aquestos pasos impidiere,
Dándole con rigor aquel castigo
Que por inobediencia mereciere:
Que no podrá temor ni dolor luengo
Quitarme del propósito que tengo.

»Ni hallaré peligro que me espante
En la prosecucion desta pelea,
Puesto que se me pongan por delante
Sirtes, Scila, Caribdis y Malea:
Sola Laquesis puede ser bastante
A perturbarme para que no vea
De mi justo deseo cumplimiento,
Haciéndome perder vital aliento.

»Y admírome de ver que tantos buenos
Diestros en padecer calor ó frío
En estos tristes y espantables senos
Que hacen las montañas deste río,
En este sinsabor vengan á menos
De su animosidad, valor y brio,
Principalmente donde tienen cebo
Para recuperar ánimo nuevo.

»Agora que tenéis la presa cierta
Dejáis el uso della de las manos?
Agora que llegamos á la puerta
No queréis ver los dones soberanos?
Agora que la vemos mas abierta
Al entrar concebís temores vanos?
Valor, valor en la mayor presura,
Pues que nos llama próspera ventura.

»Volvamos á cobrar el esperanza,
Que hizo principiar esta jornada:
Afilemos el hierro de la lanza,
No crie duros mohos el espada,
Vistase cada cual de confianza,
Prosiguiendo la obra comenzada;
Pues faltando temores de por medio,
Brevemente vereis vuestro remedio.

»Por tanto, cuando fuere manifesta
La lumbrera clara del futuro día,
Vos, señor San Martín, hacedme presta
Gente sana de vuestra compañía,
Para continuar esta floresta
Por donde nos mostrare mejor vía:
Que no es posible, yendo mas adentro,
Dejar de salir indios al encuentro.

»Y pues que la nocturna pesadumbre
Nos cubre ya con velo tenebroso,
Con la vela que tienen de costumbre
Los que pudieren vayan al reposo,
Porque llegada la diurna lumbrera
Demos fin al camino trabajoso;
Pues á pesar de la fortuna avara,
Habemos de salir á tierra clara.»

Oídas por personas mas granadas
Las palabras de su razonamiento,
Se fueron á sus toldos y ramadas,
Dudosos de se ver en tal contento;
Y porque yo, que sigo sus pisadas,
Del largo caminar también me siento
Algo cansado, de presente ceso,
Que yo diré después su buen suceso.

CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo fué el capitán Joan de San Martín por un río pequeño distinto del río Grande, que bajaba de la sierra, por la misma agua en canoas con pocos soldados, y lo que les aconteció antes de dar la vuelta á los cuatro brazos que llaman la Tora, donde el campo los esperaba.

Quien infortunios y dolor padece,
No por eso desmaye ni se tuerza,
Porque no pocas veces acontece
Valer mas el esfuerzo que la fuerza,
Y la misma fortuna favorece
A quien en los peligros mas se esfuerza;
Y en los casos dudosos y arriscados
Son, los que osan, los mejor librados.

En esto se mostró varon perfecto
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Pues con ser el angustia y el aprieto
El mayor que jamás tuvo jornada,
Nunca lo vieron á temor subyeto,
Ni palabra habló desconfiada:
Antes cuando mas mal se padecía,
Mayor esfuerzo se le conocía.

Y así, visto que nublados desaparecen
Con pura claridad que los destierra,
Mandó que los soldados se aderecen
Para guiar sus pasos á la sierra,
Cuyas cumbres su vista les ofrecen,
Aunque para llegar prolija tierra,
La cual es de montaña tan lluviosa,
Que no se vio semejante cosa.

El Juan de San Martín, en esa hora,
Solamente tomó doce soldados
De todos los que estaban en la Tora,
Nadadores, briosos y esforzados,
De los cuales los mas viven agora,
Aunque ya con vejez debilitados;
Y porque mas sin pena descubriesen,
Acordóse que por el agua fuesen:

Por no cumplir que por aquel desierto
Número tan pequeño se desmande,
Y por agua verían algún puerto
Que les diese camino que se ande:
Tenían pues un río descubierta,
Que desagua también en río Grande,
Y así fueron por él en tres ligeras
Canoas acechando sus riberas.

Yendo pues navegando por el río,
Aun no concluida la postrer jornada,
Vieron en las barrancas un buhío,
Casa de indios ya desamparada
De los habitadores y atavío,
Pero de poco tiempo despoblada;
En la cual reposaron aquel día,
Pensando de tomar alguna guía.

Y como no se vió cosa viviente,
Salieron otro día de mañana,
Pugnando siempre contra la corriente,
El agua clara ya, mas menos llana,
Y luego dieron cuasi de repente
En una canoeta que cercana
Venía con dos indios de lo alto,
Que repararon con el sobresalto.

Ocuparon los nuestros el estrecho,
Por ser el compás breve del riacho;
Los indios recelándose del hecho,
Nadando procuraron su despacho:
Hiende las aguas con su fuerte pecho
Por los tomar Bartolomé Camacho;
Pero por le llevar la delantera,
Ocuparon primero la ribera.

Métense por el monte mal digesto,
Huyendo de no vista compañía;
Bartolomé Camacho, visto esto,
Y que seguillos no le convenia,
A tomar la canoa volvió presto,
Para ver lo que en ella se traía,
Y sacó todavía del rancho
Algo que respondió con su deseo.

Porque llegada mas á la barranca
Y todas las balijs desplegadas,
Hallaron grandes panes de sal blanca
Y tres ó cuatro mantas coloradas,
Indicio que promete tierra franca
Con aquellas riquezas deseadas;
Y así, vistas las muestras de consuelo,
Luego las gracias dan al alto cielo.

No vuelven, aunque fué muestra bastante,
A dar al general estas razones,
Antes luego prosiguen adelante,
Por ver si descubrían poblaciones:
Proceden pues con ánimo constante,
Mirando los recodos y rincones,
Y en barrancas que hacen partes rasas
Pudieron descubrir dos solas casas.

Ninguna dellas morador tenia,
Segun la otra que hallaron antes,
Por ser aquella plaza que servia
A la contractacion de negociantes,
Así del que de sierra descendia
Como de los cercanos navegantes:
Entraron dentro, vieron cada seno,
Que de panes de sal estaba lleno.

Porque tenían dades y tomares
Con los del río por do se venia;
Pues aunque muy remoto de los mares,
En este reino que se descubria
Los mas mediterráneos lugares
Tienen de sal insigne granjeria,
Tanto, que vemos hoy en sierra veta
Cuyos penascos son de sal perfeta.

Descansan pues aquello que convino
Del tiempo que la humana vista cierra,
Y después de llegar el matutino,
Las canoas vararon en la tierra,
Con voluntad de ir aquel camino
Que traían los indios de la sierra,
A causa de que ya desde este puesto
Se hallaba camino manifiesto.

En el estancia quedan á guardalla
Los tres soldados dellos solamente,
Mas tales, que en cualquier dellos se halla
Cuanto puede tener hombre valiente:
Es uno Anton Rodríguez de Cazalla,
Cuya persona vemos hoy presente;
Juan Gordo fué segundo compañero,
Y vive también hoy Diego Romero.

San Martín procedió con el restante,
Deseoso de ver do haga presa;
Y como cuatro leguas adelante
Vieron mas de una legua de dehesa,
Aunque de poblacion ningun semblante,
Mas de ser sin montañas rasa mesa:
Atravesaron hasta salir della
Por el camino de la mayor huella.

Mas de otras treinta leguas procedieron
Guiados de caminos mas abiertos,
Hasta tanto que claramente vieron
Ranchuelos en los altos destos puertos,
Y aunque de la montaña no salieron,
Por algun indio fueron descubiertos;
Y en los humos, labranzas y apariencia
Conocieron ser grande su potencia.

Pareciéron á todos ser cordura
No proseguir caminos ni senderos,
Antes con gran cuidado se procura
Hacer para la vuelta piés lijeros;
Y así se meten por el espesura
En busca de los otros compañeros,
Y con aquella muestra que se lleva
Bajar todos á dar la buena nueva.

Apriesa caminaron entre tanto
Que luz les dió la lámpara febea;
Pero llegado ya nocturno manto,
Que los bosques vistió de su librea,
Para tomar reposo del quebranto
La pequeña cuadrilla se ranchea;
Y aunque á sueño cansancios los convidan,
De guarda vigilante no se olvidan.

Antes, segun les cupo, hizo vela
El alentado joven y el anciano,
Compuesta y abrazada la rodela,
El espada desnuda y en la mano,
Sin calentar el suelo con la suela,
Por les cumplir allí hollar liviano;
El que duerme no menos está listo,
Sospechando que los habían visto.

Duros escudos en la tierra fria
Eran las almohadas de los cuellos,
Y al tiempo que la aurora descubria
Su dorada madeja de cabellos,
Vestida y bien armada compañía
De los vecinos indios dió sobrellos,
A su modo gentiles y lozanos,
Y todos con penachos muy galanos.

Usa la furia lo que se pretende
Con cantidad de flechas, que es inmensa;
El conflicto mortífero se enciende
Por salir cada cual con lo que piensa,
Así de parte del que los ofende,
Como de quien procura su defensa,
Porque de solo Dios y de sus manos
Pueden tener socorro los cristianos.

Y así de Dios y dellas socorridos,
Pudiéades ver pechos traspassados,
Los brazos de los hombros despedidos,
Molledos y pescuezos cercenados;
Penachos por el suelo van tendidos,
Dardos de su señor desamparados,
El suelo colorado, yerba roja,
Y gritos de mortífera congoja.

Bien así como fuego cuando prende
La leña seca con hojosas ramas,
Que cuanto mas la soplan mas se enciende,
Y se levanta con mayores llamas:
Así nuestro español que se defiende,
Por no perder allí vitales tramas,
Cuanto mas duran indios en la obra,
Tanto mayor valor y esfuerzo cobra.

Y así, vista la fuerte resistencia
Y gentes de las suyas estremadas,
Y conociendo ya por experiencia
El cruento revés de las espadas,
Determinaron de hacer ausencia,
Metiéndose por bosques y quebradas,
Dejando dos cristianos con heridas,
Que no denotan riesgo de las vidas.

Y de los del consorcio fugitivo,
Que se desvian del furor funesto,
El San Martín un indio tomó vivo,
Que en menear los piés no fué tan presto:
Procuraron guardar este cautivo,
Y Piricon por nombre le fué puesto;
El cual por señas claras certifica
Como tenían cerca tierra rica.

Porque cualquiera dellos lo regala,
Y como falta lengua que le hable,
Eso que le señalan él señala,
De modo que lo hace ser palpable:
Oro se le mostró hecho chaguala,
Y señaló caudal innumerable,
Con tales ademanes y meneos
Que se satisfacían sus deseos.

Como les pareció negocio cierto,
Y deseasen ya ser mensajeros
Para resucitar el campo muerto
Con aquestos anuncios verdaderos,
Brevemente se ponen en el puerto,
Que guardaban los otros compañeros,
Algo dudosos en el esperanza,
Pareciéndoles mal tanta tardanza.

Después de se juntar en la ribera,
Necesidad urgente los exhorta
A correr por el agua la carrera
Que deseaban todos ser mas corta,
Por dar al general que los espera
Esta nueva que tanto les importa:
Y no hacen parada ni demora
Hasta llegar al pueblo de la Tora.

Y vistos los buhíos y ramadas,
Se pusieron al modo de salvajes,
Vistiéndose de mantas coloradas,
Cubiertas las cabezas con plumajes:
Con voces altas y regocijadas
Hacen ostentacion de nuevos trajes,
Diciendo: «Tierra buena! tierra buena!
Tierra que pone fin á nuestra pena.

»Tierra de oro, tierra basteada,
Tierra para hacer perpetua casa,
Tierra con abundancia de comida,
Tierra de grandes pueblos, tierra rasa,
Tierra donde se ve gente vestida,
Y á sus tiempos no sabe mal la brasa;
Tierra de bendicion, clara y serena,
Tierra que pone fin á nuestra pena!

»Tierra do se destierran las malicias
De todas estas vivas pestilencias,
Y sus valles y cumbres son propicias,
Nobles y generosas influencias;
Tierra de quien pedimos las albricias,
Porque no son fumosas apariencias,
Sino de quien direis á boca llena
Tierra que pone fin á nuestra pena!»

Saltaron pues en tierra, proveidos
De sal, que fué socorro de hambrientos;
Fueron con el aplauso recibidos
Que suelen descubrir contentamientos;
Están, á lo que dicen, los oídos
De todos los del campo muy atentos,
Y en tierra, de rodillas, juntas manos,
Gracias al cielo dan como cristianos.

Desean hacer luego movimientos
De tierra que les es mala noverca
Cualquiera ya con otro pensamiento,
Pues sobre no volver atrás alterea
Antes unos á otros dan aliento,
A que gocen del bien que tienen cerca:
Con esto se dividen por ser hora,
Hasta ver nuevos rayos del aurora.

Luego que vieron resplandor propicio,
Asentaron altar en líneas basas,
Do celebró divino sacrificio
El padre fray Domingo de las Casas:
Vuelven los macheteros á su oficio,
Haciendo de espesuras partes rasas,
Dejando ya la prepotente vena
Del río grande de la Magdalena.

Más siguen las orillas del brazuelo
Por donde el capitán San Martín vino,
Cuyos confines son y cuyo suelo
De malo y asperísimo camino,
Y donde pocas veces se ve cielo,
Resplandor de planeta ni de sino,
Sino cuasi perpetua tiniebla,
Molestas pluvias y continua niebla.

Los bergantines por la misma vía
Contra corriente van á puros brazos,
Pues aunque recogido todavía
Podían navegar buenos pedazos;
Pero cuanto por él mas se subía
Se topaban mayores embarazos
De piedras y de palos y corrientes,
Que todos eran riesgos eminentes.

Y una noche llegó tal avenida,
Estando rancheados los de tierra,
Con tan impetuosa descendida
Corriente de los altos de la sierra,
Que no dejó recurso ni huida,
Pues de una y otra parte los encierra,
Y estuvieron aquellas compañías
Subidas en los árboles dos días.

Bajan los miserables al asiento,
Desde que se desaguó lo mas cercano,
Con el mas riguroso detrimento
Que pudo comportar valor humano,
Pues no tenían para su sustento
Cosa de que pudiesen echar mano,
Y en todos ellos la mejor comida
Era desconfianza de la vida.

Más el buen general, que se desvela
En curar el dolor de penas largas,
El mismo procuró sacar candelas,
Preparadas de leña ciertas cargas:
Ponen la paila, ponen la cazuela
Para cocer en ellas las adargas,
Y todo cuanto tiene ser de cuero
Echaron á cocer en el caldero.

También dan á comer á los caballos
Hoja de caña que sirvió de heno;
Ocupanse los amos en limpiarlos,
Porque tenían cantidad de cieno:
Que Dios por su bondad quiso librallos
Cuando el río vació su curso lleno,
Pues de la que vertió por las orillas
Llegó hasta cubrir las espaldas.

Después de la comida mal digesta,
Rompiendo van por la montaña brava,
De la gente la mas tan indisputada
Que uno y otro y otro se quedaba;
En efecto, llegaron con la resta
A los buhios do la sal estaba,
Haciendo veinte días de demora
En allegar allí desde la Tora.

Llegó con sus navíos al paraje
Ansímismo la gente que navega,
Pero ya por el agua su viaje
Por ser el fondo poco se le niega;
Al fin en este puesto y estalaje
La una y otra gente se congrega,
Para que consultando se provea
Orden que para todos bueno sea.

En esto se tomó demora harta
Por haber pareceres diferentes,
Y acuerdan que la gente se reparta
Y vayan en los barcos los dolientes
Para se reparar en Santa Marta,
Y los sanos descubran nuevas gentes,
Y que dentro de un año quien viviere
Allí con bien ó mal al otro espere.

Destá manera queda concertada
La vuelta de uno y otro, que subyeto
Juró de estar á la palabra dada,
Si muerte no borrarse su conceto:
Pero después Gallegos y el Quesada
Faltaron en cumplilla con efecto:
Que la necesidad y menesteres
Hacen mudar al hombre pareceres.

Después de repetir que no se olviden
En ser al cumplimiento diligentes,
Con otros cumplimientos se comiden,
Segun suelen amigos y parientes;
Y los unos y otros se despiden,
Los ojos y mejillas hechas fuentes,
Siendo comunes lloros y sollozos
No menos en los viejos que en los mozos.

Doscientos de los que salud mejora
Se quedaron en aquellos confines,
Y fuéronse camino de la Tora
Ciento y cincuenta con los bergantines:
Y así los dejaremos por agora,
Que yo diré después sus tristes fines,
Porque quiero poner primeramente
En tierra de salud estotra gente.

La cual con los caballos determina
De caminar, siendo San Martín guía,
Y así luego sus pasos encamina
Acia la salebrosa serranía,
Y el indio Perico que los atina,
Puesto que no tan bien cuanto podía,
Pues los lleva por pasos tan terribles,
Que para bestias son inaccesibles.

Más ello todo es camino malo,
Con lodo los mas altos reventones;
Va delante del campo don Gonzalo
Con algunos caballos y peones,
Deseando de ver algun regalo
Que levante caídos corazones,
Y llegó con valor mas que de hombre
A la sierra que Atun tiene por nombre.

Espesa breña, cenagoso suelo,
Y creo que el peor del Nuevo-Mundo,
Do nunca se ve luz que dé consuelo,
Y es el rigor de pluvias sin segundo:
Paréceles subir al alto cielo,
Y al bajar, que descienden al profundo;
Al pié della dejaron los caballos,
Por no ver por adó puedan llevarlos.

Dejó para guardallos al hermano,
Llamado Fernán Pérez de Quesada,
Con gente que tenía flaca mano
Y se sentía ya debilitada;
Y él con el otro número mas sano
Subió para buscar tierra poblada:
Hallan por donde van buhios hechos,
O dormidas, que van puestas á trechos.

Camina la hambrienta compañía
Cebada solamente de esperanzas,
De tal manera ya, que no podía
Hacerse confianza de sus lanzas;
Pero proveyó Dios al sexto día
Con ciertas sementeras y labranzas,
Adonde el animoso licenciado
Reparó por sentirse fatigado.

Y así, para venir donde él estaba,
Mandó llamar los otros peregrinos,
Porque la tierra ya manifestaba
Mejor disposición y mas vecinos,
Segun por todos ellos se juzgaba
Viendo las anexas sendas y caminos;
Envío pues tres hombres á que venga
El campo sin que punto se detenga.

Visto por Fernán Pérez de Quesada
El aviso que dan los mensajeros,
Prosigue por la sierra su jornada
Con trabajos que no son crederos;
Y en la montaña triste y asombrada
Se quedaron no pocos compañeros,
De los cuales fué Tordehumos uno,
De valedor y de salud ayuno.

Y fué por no tener las urnas flojas
Dencalicon con recios torbellinos,
Antes por donde van las gentes cojas
Siempre manaban agua los caminos,
Y recibíanse sumas congojas
Al subir ó bajar de los rocinos,
Pues del camino malo resbalando,
Mil estados habían de ir rodando.

Demás deste mortal desasosiego
De pluvias, con que no se ven las manos,
Tampoco se podía sacar fuego
Para poder tostar algunos granos;
Y en subiendo la sierra, sienten luego
Asperezas de frios inhumanos,
Por salir de los términos calientes
Y luego dar en otros diferentes.

E ir á todas horas hechos sopa
De lo que el húmido vapor condensa,
Tan pobres y tan miseros de ropa,
Que no resisten pluvial ofensa,
Porque camisetillas son de estopa
Vil, débil y flaquísima defensa,
Y demás de la falta de atavíos,
Siempre con los estómagos vacíos.

Con estas sobredichas destemplanzas
De tiempos y de temple resfriado,
Se hicieron mayores las tardanzas
De lo que requería su cuidado;
Y así cuando ya vieron las labranzas
El número llegó menoscabado,
Porque de los doscientos desta gente
Los que faltaron fueron mas de veinte.

Y de vivos el número mas poco
Podía ejercitar militar arte,
Cuyos trabajos solamente toco
Por no poder decir la menor parte;
Y de comer un sapo quedó loco
Uno que se decía Juan Duarte,
El cual permaneció con su locura,
Sin que jamás pudiese tener cura.

Como llegase pues la compañía
Tan estragada, triste y afligida,
Adonde el general los atendía,
Labranza de maíces proveída,
Mandóles descansar por algun día,
En tanto que duraba la comida,
Porque con mas vigor y mas aliento
Pasasen á buscar mejor asiento.

Y al tiempo que buscaban un camino
Para salir, que fuese menos agro,
El Francisco de Tordehumos vino,
Que se tuvo por cosa de milagro;
Pero no lo vendieron por tocino
Segun de los trabajos salió magro,
Y aunque seco de zancas y de cuello
El campo todo se holgó de vello.

Admirada quedó toda la junta,
Que lo vieron quedar en un ranchuelo,
No menos que persona ya difunta,
Sin habla, sin resuello, sin consuelo;
Mas él responde si se le pregunta,
Cómo tuvo favor del alto cielo,
A quien con gran hervor y vehemencia
Sin cesar invocaba su clemencia.

Y habiéndose traspuesto cierto día,
Cercado de mortíferas peleas,
Una bella señora le decía:
«No morirás agora, ni lo creas;
Levántate, que yo seré tu guía
Para que puedas ir donde deseas...»
Y como recordó con buen subyeto,
Lo que se le mandó puso en efecto.

Y así, por este tiempo que lo escribo,
Que son ochenta y cuatro de la era,
El dicho Tordehumos está vivo,
Teniendo su vision por verdadera;
Y consta que de mal tan excesivo
No pudiera venir desta manera,
Si favor y socorro soberano
No tuviera por bien dalle la mano.

De su salud, por ser hombre bien quisto,
El campo recibió mucho contento,
Y algunos coligieron de lo visto
Haber de ser aquel descubrimiento
Provincia do la fe de Jesucristo
Tuviese generoso crecimiento:
Daban confirmacion á sus motivos
Lo que decían ya muchos captivos.

Porque el alférez Antonio de Olalla,
Primero que llegase Fernán Pérez,
Había ya tenido gran batalla
En el valle que llaman del Alférez,
Porque la gente del que allí se halla
Defendían los hijos y mujeres;
Pero venciólos con valor de hombre,
Y el valle se quedó con aquel nombre.

De manera, que por allí salía
A descubrir la gente mas granada,
Y aunque es toda montaña muy sombría,
Al fin era la tierra mas poblada;
E ya con guías nuestra compañía
Procede para ver la deseada,
Ofreciéndose mil inconvenientes,
Malos pasos y cumbres eminentes.

Pues antes de salir de la floresta
Para su sanidad triste y avara,
La gran sierra de Opon también les resta,
Antes que puedan ver la tierra clara;
En cuya larga y encumbrada cuesta
El sano causa y el enfermo para,
Y el caballo, con no ponelle silla,
Poder salir de allí fué maravilla.

Pero con este sinsabor allega
El campo todo donde se recita
Haber tenido Olalla la refriega,
Cuando con poca gente lo visita;
Y agora copia de indios se congrega
Que por los altos da terrible grita,
Y así por los postreros que vinieron
También val de la Grita le pusieron.

Y demás de los gritos y clamores
Que dan á la no vista compañía,
Tocan tantas cornetas y atambores
Que pareció que el mundo se hundía;
Mas los fortísimos conquistadores
Bajaron á las casas que tenía,
Llenas de regocijo las entrañas
Por ser aquel el fin de las montañas.

Y el docto licenciado dijo luego:
«Gracias os doy, Señor de los imperios,
Pues pasamos por aguas y por fuego
Para venir á tales refrigerios,
Donde vulgo bestial, cruel y ciego,
Oiga vuestros santísimos misterios,
Y donde desterrada la malicia
De vuestra santa fe tenga noticia.»

Lo mismo, conmovidos deste celo,
Hacian las católicas cuadrillas,
Las manos y los ojos en el cielo,
Hincadas en el suelo las rodillas;
Alégranse de ver alegre suelo,
Contemplan otras muchas maravillas,
Alaban los verdores y elegancia,
Y al sabio general de su constancia.

Concepto tienen ya de verse hartos,
Fuera de la rabiola pestilencia
De sapos, de culebras, de lagartos,
Vuelta necesidad en opulencia:
Velan la fría noche por sus cuartos
Con toda la posible diligencia,
Y las penas del frío no son tantas
Por arrojarse ya con nuevas mantas.

Por los contrarios que hay á la redonda,
Que ladran y dan grita como canes,
Y tienen flecha, lanza, dardo, honda,
Haciendo mil meneos y ademanes,
El mismo general hacia ronda
Con otros principales capitanes,
Y todos en comun están alerta,
Hasta que ya la luz fué descubierta.

En descubriendo pues rubia cabeza
Aquel hijo del rey altitonante,
Para ver bien la tierra que se empieza
A mostrar con clarifico semblante,
La gente castellana se adereza
Con gana de pasar mas adelante;
Y el Insa, capitán de macheteros,
Anticipóse con sus compañeros.

Y cuanto mas encumbra las laderas,
Mas á placer se ven las rasas cumbres,
Llenas de cultivadas sementeras
Que quitan atrasadas pesadumbres,
Fertilisimos valles y riberas
Con los humanos usos y costumbres:
Vense los pueblos, hierven los caminos,
Los tractos y contractos de vecinos.

Entrellos hay diversos pareceres:
Unos quieren huir, otros esperan,
Unos ponen en cobro las mujeres,
Otros lugar no hallan aunque quieran,
Otros quieren usar de sus poderes
Con intento de que los nuestros mueran;
Mas la perplejidad era terrible,
Viendo lo que jamas les fué visible.

Sobre los altos hay juntas de gentes
Dispuestas para guerras y conflictos,
Repartidos por partes diferentes,
Que en número parecen infinitos;
Convócense los deudos y parientes;
Aquí sonaban voces, allí gritos;
Todos son alborotos, confusiones,
Sin dar resolución á sus razones.

Mas Sacre, principal que predomina
La provincia de acia la montaña,
Con oprobios y afrentas los indina,
Llamándoles cobardes y sin maña;
Y así con sus vasallos determina
Ver aquello que pueden los de España,
Y con bravo furor rompió por ellos
Hasta llegar á barbas y á cabellos.

Visto por Insa tan pesado juego,
Anima con valor á su cuadrilla,
Y lo mejor que pudo saltó luego
En caballo que no tenia silla;
No toma Juan Rodriguez Gil sosiego,
Ni la restante gente de Castilla,
Apresurando carnícera prueba
Con las espadas en la gente nueva.

Esfuézranse los flacos castellanos,
Que temores de muerte los alientan;
Andan listos los priés, prestas las manos,
Con que las yerbas verdes ensangrientan;
Apártanse los indios mas cercanos,
Que su cruel furor experimentan,
Admirados de vellos, mas no tanto
Que el caballo no cause mas espanto.

Otro miedo mayor sus pechos doma,
Y es, que vieron venir á la pelea
Otros treinta caballos por la loma,
Que furia de españoles espolea;
El campo junto mas atrás se asoma,
Que les hizo hacer huida fea,
Porque creyeron ser en aquel punto
El hombre y el rocin un cuerpo junto.

Juntóse pues la gente dividida,
Y el don Gonzalo manda que se cuente,
Para que como sabia y advertida
Caminase por orden conviniere:
Numeran que escaparon con la vida
Ciento y sesenta y seis tan solamente,
Y sesenta caballos mas ó menos,
De los cuales los mas salieron buenos.

Pues con ser el rigor tan importuno,
Tanto riesgo, tanto derrumbadero,
Dellos se despeñó tan solo uno,
Que fué del caporal Martin Ropero;
Con cuya carne y tripas el ayuno
Hizo solemnes fiestas al garguero:
Hasta las uñas fueron substanciales
Y no menos las partes genitales.

Habia de pintar aquesta historia
Una pluma de prósperos caudales;
Porque valor y fuerza tan notoria,
Tanto perseverar en tantos males,
Escede los mas dignos de memoria
Y vuela sobre fuerzas naturales,
Pues que solo Baltasar de Maldonado
Merecía particular tractado.

Y todos los demás eran valientes,
Modestos, comedidos, amigables,
Al general sujetos y obedientes,
No sediciosos, varios ni mudables:
En las adversidades muy pacientes,
En los trabajos son infatigables;
Tuviera bien en qué meter la mano,
En lo que trabajó Juan Valenciano.

¡Qué trabajó Juan Lopez! qué Macías!
Pero Rodriguez Carrion Mantilla!
Qué Pedro Corredor! qué Juan de Frias!
Qué Diego Montañés! Juan de Pinilla!
Paredes Calderon! Francisco Diaz!
Un Martin de las Islas! un Chinchilla!
Paniagua! Pero Ruiz Herrezuelo!
Y aquel que vive hoy Pedro Sotelo!

¡Qué trabajaron otros que no espreso,
No porque los olvido ni repruebo,
Sino por remitirlos al proceso
Que tengo de hacer del Reino-Nuevo!
Pues agora me cumple que digreso
Haga por acudir á lo que debo,
Volviendo para atrás á ver los fines
Y paradero de los bergantines.

Dejaremos pues este caminante
Que va continuando su conquista
Por tierra rica, llena y abundante,
Que da contentamientos á la vista;
Que yo volveré presto, Dios mediante,
A ser de sus hazañas coronista;
Pues para que por partes se reparta,
Esto se quedará para la cuarta.

Porque con estas dichas intenciones,
Mi celebrado funeral se funda
Correr primeramente los aneones
Que suele combatir la mar profunda;
Y en aquellas bahías y ríncones
Tiene de fenecer parte segunda:
En estos pareceres me resuelvo,
Y al licenciado Juan Gallegos vuelvo.

CANTO QUINTO.

Donde se cuenta la cruel y sangrienta batalla que tuvo el licenciado Gallegos, y lo demás sucedido hasta la muerte de don Peto Fernandez de Lugo.

Quien hace confianza del amigo
Con violentas armas granjeado,
El se busca la pena y el castigo,
Pues fia de enemigo solapado;
Y si de la traicion tiene testigo,
Y todavía vive confiado,
No se queje después ni espanto tenga
De cualquiera trabajo que le venga.

El dicho licenciado Juan Gallegos,
Y muchos de los de su compañía,
No fueron en aquesto menos ciegos,
Al tiempo que la gente se volvía,
Vencidos de promesas y de ruegos
Que un Alonso indio les hacía;
El cual atrás significó ser jeque
De la provincia de Tamalameque.

Este, cuando venian descubriendo
Se vino con el dicho licenciado,
Mas su venida fué, segun entiendo,
No tan de voluntad cuanto forzado;
Y agora que volvian inquiriendo
Reliquias del sustento deseado,
Los que dellos están menos dolientes
Buscabanlo por partes diferentes.

También Gallegos va con el deseo
Que suele fatigar humano pecho,
Haciendo por el río mas rodeo
Que pudiera hacer yendo derecho;
Buscando pueblos donde del rancho
Se pudiera sacar algun provecho,
Por no volverse de tan largas vias
Las manos en los senos y vacías.

Y como por confines de la Tora,
En tanto que lo dicho se buscaba,
Hiciesen mas tardanzas y demora
De la que el indio malo deseaba,
Mostró dolor con intencion traidora
De la necesidad que se pasaba;
Y con señales del que pena sienta,
Para movellos dijo lo siguiente:

«Señores, ¿para qué nos detenemos
En tierra que tenemos recorrida?
Pues cuanto mas despacio nos movemos,
Mayor riesgo corremos de la vida:
Cumple que sin tardanza nos bajemos,
Y vamos donde sobre la comida;
Porque mal hallaremos provisiones
En montes donde faltan poblaciones.»

Oida la razon del indio viejo,
Cuyos intentos eran inhumanos,
Viendo para matallos aparejo
Por ser mas los enfermos que los sanos,
Tomaron sin recelo su consejo,
Confando sus vidas de sus manos;
Y así luego partieron, y él los trajo
Obra de treinta leguas mas abajo.

Hizo salir de paz indianas gentes,
Y agasajarónlos en estos puertos,
Donde de los hipatos y dolientes
Echan al agua cada dia muertos;
Y entoncees con los indios que presentes
Estaban, se comienzan los conciertos
Por el Alonso señalando dia,
Para la gran maldad que pretendia.

De allí también el mal intencionado
Les hizo que hiciesen movimiento,
Diciendo que les daré recado
Do puedan rescatar á su contento;
Y era por los llevar á mas poblado,
Para perficionar su mal intento;
Y como parecia buen aviso,
Bajaron con los barcos donde quiso.

Y puestos en aquella pertenencia,
Ya de los españoles bien sabida,
El Alonso les demandó licencia
Para ir á su casa por comida;
La cual, sin presumirse malquerencia,
Le fué por Juan Gallegos concedida,
Porque también el perro, mas que moro,
Prometió de traer copia de oro.

Al momento salió con sus galeras,
Y luego comenzó desde lo alto
A llamar y juntar gentes guerreras,
Para dar el combate y el asalto
A los barcos de gentes extranjeras
Y al capitán que va de gentes falto:
Acudieron caciques de la tierra
Con mas de veinte mil hombres de guerra.

Tan gran número cuanto se publica
Se convocó para una y otra banda,
Y en diferentes partes les predica
Ser bien justificada su demanda;
Porque contra quien van es gente inica,
De todas las del mundo menos blanda,
Y que si matan hombres tan perjuros,
Para siempre jamas serán seguros.

Y así les dijo: «Yo, señores, vengo
A hablaros movido de buen celo,
Y con la fuerza del amor que tengo
A vosotros y á todo vuestro suelo,
Y por libraros del trabajo luengo
Que nos amaga con eterno duelo,
Cual es la miserable pesadumbre
Que tiene la perpetua servidumbre.

«Bien sabeis cómo yo larga distancia
Con esta gente fui acia la sierra;
Y como les faltase la substancia,
Haciéndoles la hambre dura guerra,
Algunos ó los mas con gran instancia
Trataban de poblar en nuestra tierra;
Y cierto tentarán esta fortuna
Si nuestra fuerza no se lo repuna.

«Y si desto queremos evadirnos,
A pernicioso mal nos subyectamos;
Pues bien veis que no vienen á servirnos,
Sino porque nosotros les sirvamos,
Y así dicen que han de repartirnos,
Y á todos los caciques dalles amo,
A quien acudiremos con tributos:
Oro, joyas, preseas y otros frutos.

«Por tanto, quien maduro seso tiene,
Y ve casa vecina que se arde,
Mire con tiempo lo que le conviene,
Porque para la suya no se tarde,
Pues pocas veces hay freno que enfrene
Al hombre que no sabe ser cobarde,
Mayormente si su buena ventura
Le da tiempo, sazón y coyuntura.

«Esta se nos ofrece de presente
Contra los violentos y profanos,
Y pareceme gran inconveniente
Tal ocasion saltalla de las manos:
Así que cumple dar en esta gente,
De los cuales los menos vienen sanos,
Porque quitados estos de por medio,
Para los otros yo daré remedio.

«Cuanto mas que los otros mas espertos
Por la montaña van sin detenerse,
Y no les quedan barcos en los puertos,
Ya que determinasen de volverse;
Y aun creo ciertamente que son muertos
Por no hallar adónde proveerse:
Pues los de Santa Marta y Cartagena
Escarmentaran en cabeza ajena.

«Al vencimiento destos yo me obligo,
Y sé que no seré mal adeyino,
Porque tenemos para lo que digo
Andada grande parte del camino,
A causa de tenerme por amigo
Y ser para con ellos fidedino;
Y así por encubrir mi mal intento
Voy á llevalles hoy mantenimiento.»